

Castellucci 'versus' Europa

Crónica

PABLO CARUANA

A la espera de los grandes nombres —el miércoles llega a Avignon el *Hamlet* de Ostermeier— y de bien conocidos maestros como Ricardo Bartís (el argentino estrena su última obra, *La Pesca*, hoy mismo), en Avignon sigue reinando Romeo Castellucci.

Si el italiano consiguió comerse literalmente el "grandioso" espacio de la Corte de Honor de los Papas con la primera parte de su *Divina Comedia, Infierno*; con la segunda, *Purgatorio*, la bofetada teatral, desde otro lado, ha sido mayúscula.

En *Infierno*, el italiano desplegó su teatro de imagen y acción. Una imagen se sucedía a otra con la cadencia del animato, en un fluir melancólico lleno de abandono.

Mirando a Europa

En cambio, en *Purgatorio* la estrategia era otra. Desde un escenario calcado de la última dramaturgia alemana y sus copias —léase Ostermeier y en España ciertos montajes de Rigola—, Castellucci despliega su especial purgatorio. En una casa moderna, aséptica, vemos a una familia. Primero la madre (estrella 1), lavando los platos; después el hijo (estrella 2), con dolor de cabeza y con su juguete preferido, un Mazingher Z. Los vemos a través de un velo, su interpretación es casi inexistente, apática, de una sobriedad irreal, repetitiva. En una proyección vamos leyendo lo que los personajes van a hacer, incluso con anterioridad a que lo hagan. El salón, entonces, se llena de los monstruos del pequeño y vemos un inmenso Mazingher de más de tres metros moverse lentamente en escena. Llega el padre (estrella 3), más movimientos cotidianos y repetidos a baja frecuencia, cena, beso, whisky... Aquí, ante el espacio vacío, el público escucha. En el letrero vemos escrito: "La música". "Estáte quieto, para, abre la boca, así".



Una persona abandona la platea como nunca he visto correr a alguien.

Entonces, todo cambia. Tras esta muestra de teatro mínimo, frío, de esta danza fantasmal, de haber explicado, según las leyes del purgatorio, el pecado original, la violación humana de la inocencia otorgada, Castellucci mira a Europa, rompe el teatro constreñido y parece gritar que en la vida humana también manda lo desconocido, lo inexplicable, la imaginación. Exhibe un teatro imaginativo, de un poderío visual y semántico que puede que no ilustre, pero afecta el cuerpo y la mente de un espectador desbordado. La plasticidad es inimaginable. Una esfera de ecos *da vincianos* gira y domina la escena. Mientras el gigante aplaca dulcemente los espasmos del padre, la esfera se va manchando de tinta y girando, un gran ojo negro lo domina todo, las luces se apagan. A partir de ahí, dos minutos de silencio, pequeños aplausos y, de repente, un sector del público grita, bufa y protesta. Y los otros responden con palmas. Se monta un guirigay; no obstante, al final reina un aplauso de más de 10 minutos.

La tercera parte de la *Divina Comedia, Paraíso*, se estrena hoy mismo. La expectación es grande en Avignon. La suerte está echada.